

PERIODISMO, LA PLEBEYIZACIÓN TRIUNFANTE. LOS MEDIOS COMO INDICADORES DE LA HISTORIA

J. M^a Sanmartí, P. Paniagua y M. de Ramón

Universidad Europea-CEES

Resulta asombrosa la facilidad con que se usa el término “histórico” en numerosas parcelas del habla en general y en todos los campos del periodismo en especial, tal como nos recuerda Fernando Lázaro Carreter¹. No existe, en efecto, prácticamente ningún periódico o informativo de radio o televisión que no contenga una o varias veces este socorrido adjetivo. ¿Qué es lo que se pretende con ello, simplemente enfatizar un texto o una noticia o expresar de forma explícita algún tipo de relación entre el relato periodístico y la historia? Sin negar lo primero, hay mucho de lo segundo, o dicho de otra manera afloran los estrechos lazos entre ambas ciencias, tanto en el momento de darse a conocer la noticia, como después.

Siguiendo un esquema basado en la gradualidad de su significado, podemos establecer cuatro categorías para el uso del término “histórico”:

a) como forma de indicar abiertamente que el hecho reseñado merece pasar a la historia sin ninguna duda, entre otras razones porque la historia ya escrita (o por

1. Lázaro Carreter, Fernando [1997], *El dardo en la palabra*, Madrid, Galaxia Gutenberg/Círculo de Lectores, pp. 240-243.

lo menos la aprendida en las escuelas) está llena de datos parecidos. Por ejemplo, la firma y proclamación de una constitución, o un conflicto armado. El periodista da a entender de esta manera su certeza de que la noticia formará parte del cuerpo histórico a corto o largo plazo, con las mismas y si cabe mejores justificaciones que otros acontecimientos catapultados a los libros de texto o presentes en las crónicas oficiales. “*El Tribunal Supremo chileno ha debido de tener muy buenas razones... para mantener en vilo al país durante una semana, tiempo durante el que ha diferido el anuncio oficial de su decisión histórica de desaforar por 14 votos contra 6 a Augusto Pinochet*”², podría ser un ejemplo de este uso;

- b) el periodista no está tan seguro como en el apartado anterior, pero llama la atención sobre una noticia que a su parecer debe ser analizada con criterios más científicos para establecer su importancia definitiva, y en consecuencia su interpretación a largo plazo. “*Todo ello forma parte de una nueva estrategia del pinochetismo para afrontar la posibilidad de un juicio histórico*”³, escribe en esta línea Santiago Palacios;
- c) se utiliza como sinónimo de “memorable”⁴ o sencillamente de “muy importante”. No tiene una base apriorística para convertir la noticia en un dato histórico, pero desea hacerlo; y
- d) como sinónimo de “hasta este momento” o “hasta ahora”. “*La moneda única [el euro] alcanzó ayer el décimo mínimo histórico frente al dólar en 11 días...*”, se puede leer⁵.

Por lo tanto, lo que hace el periodista por lo menos en los tres primeros casos es puntar aquellos hechos de actualidad que a su entender deben pasar a la historia con mayor o menor relevancia. Señala de forma explícita qué noticias son históricas, o sea las que deben ser consideradas como presuntos elementos del futuro relato histórico, y cuales no. En principio, lo único que justifica esta función autoatribuida es naturalmente el criterio del periodista, expresado primero en la

2. Editorial de *El País*, 9 de Agosto 2000, p. 10.

3. Palacios, Santiago, *La Vanguardia*, 24 de Agosto de 2000, p. 5.

4. Lázaro Carreter, Fernando, Op. cit. p. 241.

5. *El País*, 21 de Septiembre 2000, p. 76.

selección de la noticia y después en su redacción y composición. No pueden olvidarse los abusos terminológicos, por otro lado muy propios del periodismo actual. Hablar de “mínimo histórico”, en referencia a la cotización del euro que tiene menos de dos años de vida, es sin duda un exceso de confianza con la Historia. Otras veces queda la duda: “Los *bobbies* patrullan con armas en Gran Bretaña por primera vez en la historia”⁶. ¿Esto es cierto en su literalidad, o nos encontramos con otro exceso? El texto del artículo, que habla de “tradición”, no lo aclara.

Desde el momento en que el periodista es el encargado de escoger las principales noticias del día que conformaran la imagen de la realidad cotidiana, se supone legitimado para trasladar este esfuerzo, muchas veces titánico, al campo de la historia, para alargarlo en el tiempo, es decir en la historia. Por otra parte, una de las misiones encomendadas al periodista es prever el futuro, deducir de las informaciones obtenidas lo que posiblemente va a acontecer a corto plazo. En consecuencia, el periodista no se limita a la estricta actualidad y maneja conceptos que se instalan en el tiempo, tanto en el pasado como en el futuro, aunque la actualidad es ciertamente su base de partida y su justificación principal y más inmediata.

Consuelo Sánchez Vicente, por ejemplo, sostiene que *el presidente José M^a Aznar desde que decidió no prolongarse en el poder está en “hombre de Estado” y en “hacer historia”...?* ¿Qué quiere decir “está en hacer historia”, refiriéndose a un presidente del gobierno español? ¿Acaso puede “no hacer historia”?

El periodista ofrece, pues, al historiador una primera y drástica criba de hechos y le expone un proyecto de realidad social que el segundo tendrá que completar, interpretar y codificar en términos científicos a lo largo de las etapas siguientes. En este sentido, el periodista se constituye en una especie de “prehistoriador”.

En ciertas ocasiones el periodista puede incluso ser confundido con un historiador, cuando utiliza técnicas parecidas y entra en terrenos comunes, tal como señalábamos los profesores Manuel de Ramón y Pedro Paniagua en el II Simposio⁸. Sin embargo, son dos campos distintos. *Por decirlo claramente, un*

6. *La Vanguardia*, 23 de Octubre 2000, p. 41.

7. Sánchez Vicente, Consuelo, *A por todas* en *La Vanguardia* de 19 de Setiembre 2000, p. 28.

8. Ramón, Manuel de y Paniagua, Pedro [1998], *Periodismo. ¿Historia para el futuro?*, Comunicación al II Simposio de Historia Actual, Logroño, IER.

periodista no puede ser un historiador del presente, pero si un historiador se dedica a historiar este “tiempo presente”, tendrá que dejar de ser historiador para convertirse en periodista... A veces, el periodista tiene que interpretar las claves de la actualidad, pero no utiliza los instrumentos científicos de que dispone el historiador... Y en esta investigación periodística puede emplear determinadas técnicas que son muy similares a las de los investigadores de la historia, pero sería muy pretencioso creer que una investigación periodística sirve para escribir algo así como la “microhistoria” de cada día, se decía en aquella ocasión.

Es cierto que un reportaje sobre la transición española, por ejemplo, puede aparecer como un relato histórico, aunque sea para estar por casa, pero aún admitiendo que algunos métodos sean parecidos, el resultado difícilmente lo es, ya que historiadores y periodistas persiguen fines distintos a la hora de exponer los resultados de sus trabajos al público. Esta es una muestra, en cualquier caso, de cómo el periodista se siente autorizado para pre-escribir la historia más o menos definitiva.

Por otro lado, el periodismo conecta con la creencia popular de que la historia es como un juez supremo, un tribunal de última instancia instalado en el tiempo “que da o quita la razón”⁹. La frase *la Historia me absolverá* es un recurso periodístico muy generalizado que expresa una apelación justa por encima de las miserias humanas. Recurrir a la historia es someter el texto periodístico a una especie de “control de calidad” a largo plazo pero definitivo, a un juicio supremo, el de la historia. Si ésta recoge como prueba, como dato, o sencillamente como elemento histórico un relato periodístico, éste adquiere de inmediato una nueva dimensión en el tiempo, un prestigio añadido. Siguiendo con el ejemplo de la transición española, muchos de los periodistas que escribieron la crónica de aquellos días son citados por los historiadores, a veces como argumento de autoridad, y otras como testigos o como intérpretes de aquellos momentos. No es extraño, pues, que estos periodistas (muchos de ellos vivos y en el ejercicio de su profesión) se sientan validados en el papel de “prehistoriadores” que asumieron entonces. Han pasado el juicio de la historia, porque aquellas opiniones periodísticas, reflejadas en la selección de las noticias y en su exposición, son confirmadas ahora por los historiadores.

9. No se trata de un concepto reservado sólo a los no iniciados. Por ejemplo, acaba de publicarse un libro firmado por varios historiadores de prestigio titulado *Franquismo. El juicio de la historia*.

No todas las remisiones periodísticas a la historia son, sin embargo, fácilmente comprensibles, por lo menos como referencia a las disciplinas históricas. “*Muchos políticos en el Kremlin y oficiales de la Marina, presos de una cierta inercia histórica, consideran legítimo mentir ... en nombre del prestigio nacional*”, sostenía un editorial de El País¹⁰.

¿Qué es una *inercia histórica*? ¿Existen inercias en la historia? Por el contexto se deduce que el autor se refiere a un hábito muy introducido en ciertos círculos rusos (cita concretamente el Kremlin y la Marina), que sobrepasa en el tiempo al gobierno y al régimen actual y se retrotrae al pasado. Pero, ¿basta esto para calificarlo de histórico tan alegremente, o sería mejor hablar sencillamente de “larga inercia”, sin darle un valor de dato contrastado para la historia futura?

Hermann Tertsch y Manuel Vázquez Montalbán han hablado recientemente de “pesimismo histórico”¹¹, expresión por otra parte bastante frecuente. En ambos casos se trata, al parecer, de una determinada interpretación de la historia (alemana y española respectivamente) que conduce a la sociedad actual de los dos países a una visión pesimista de sí misma, de modo que acabe propiciando soluciones de corte neonazi. Por cierto, que en este artículo H. Tertsch utiliza cuatro veces el término histórico refiriéndose a la resurrección del antifascismo en la antigua RDA. Es decir, la perspectiva histórica como referencia para el análisis del momento actual, lo cual en principio es correcto.

Esta capacidad de cualquier periodista para mostrar el sendero por el que va a transcurrir la historia es lo que Fernando Lázaro hace equivaler a “plebeyización” de la historia. Frente a la idea de que la historia la escriben los expertos con grandes personajes y hechos relevantes, como por ejemplo los reyes y las batallas, el periodista puede calificar de “histórico” cualquier aspecto de la vida cotidiana, incluso los más aparentemente inocuos.

La utilización del término “histórico”, referida a un hecho aparentemente nimio, es hecha por el periodista desde una posición que podríamos denominar de humildad. Es decir, el periodista se sabe inferior al historiador desde el punto de

10. *El País*, 22 de Agosto 2000, p. 8.

11. Tertsch, Hermann, *El País*, 2 de Septiembre 2000, p. 6 y Vázquez Montalbán, Manuel, *El País*, 4 de Septiembre 2000, p. 64.

vista científico. Sabe que, aunque sea capaz de intuir la Historia, su disciplina no tiene tras de sí todos los siglos que tiene la propia Historia. Su desventaja se debe, no sólo a la amplitud del objeto estudiado, sino también a la de la metodología empleada al estudiar ese objeto.

En este sentido el periodismo sería no sólo una plebeyización de la Historia, sino una plebeyización de última hora, de nuevo rico, de esnob... un proceso propio de quien no puede contar con la tradición, sencillamente porque carece de ella, un proceso propio de todo aquello que no tiene la nobleza que otorga el tiempo.

Desde los propios medios impresos no es extraño ver reflejada esta inferioridad metodológica del Periodismo con respecto a la Historia. En un suplemento cultural de hace apenas unos días, en una reseña sobre un libro periodístico recientemente publicado, se podía leer lo siguiente:

Los libros-reportaje sobre temas de actualidad política escritos por periodistas se mueven dentro de fronteras imprecisas: aunque no ofrezcan por lo general el rigor académico en el manejo de las fuentes, la verificación de las informaciones y la plausibilidad de las conjeturas que sería imprescindible para formar parte de esa *historia del presente* bautizada por Timothy Garton Ash como disciplina autónoma, la cercanía a los hechos, la inmediatez temporal y la agilidad expositiva les confieren un aire atrayente.¹²

Como se ve, el papel del periodismo queda aquí reducido a tener un aire atrayente, sin más. Las carencias a las que refiere el texto anterior puede que sean generales a base de ser frecuentes y extendidas, aunque cualquier estudiante de primero de Periodismo sabe que hay que tener rigor en el manejo de las fuentes, que hay que verificar las informaciones y que hay que plantear conjeturas de forma plausible. Las carencias serían pues de uso, pero no estarían, ni mucho menos, presentes en la esencia del Periodismo.

Puede que ese uso corriente de la metodología periodística sea lo que haga a esta ciencia inferior a la Historia. Sin embargo, en su humildad el periodista se sabe dueño de un arma capaz no ya de intuir la Historia, sino, directamente, de provocarla. Basta recordar dos casos paradigmáticos que citaremos sólo de pasada, pues tratan hechos de sobra conocidos por todos y que han sido ya abordados

12. J. PRADERA, "El Ruido de las Nueces", Babelia, *El País*, 14 de octubre 2000, p. 14.

en este mismo foro en un Simposio anterior. Nos referimos a un episodio de repercusión mundial, como fue el *Watergate*, y a otro de ámbito nacional, como fue la ofensiva del diario *El Mundo* contra el último gobierno socialista.

En ambos casos, el llamado “cuarto poder” –aquí más poder que nunca– ejerció su acción desde una óptica y con unos medios que bien podríamos equiparar a los utilizados por cualquier clase emergente en su lucha contra una clase superior. Tanto el *Washington Post* –diario donde se publicaron los textos que dieron lugar al *Watergate*– como *El Mundo* no sólo trataron de influir en la opinión pública, sino que se opusieron directamente al poder político establecido. Fueron en cierta forma revolucionarios porque contrapusieron a ese poder valores presentes en la misma época no sólo en el mundo político, sino en otros ámbitos más fácilmente asimilables por la sociedad. Los valores invocados para hacer triunfar lo nuevo fueron: la honradez contra la corrupción, la información transparente contra el secretismo, la libertad contra el dirigismo de Estado, la igualdad frente a los privilegios de clase política, e incluso, la juventud contra la madurez en el caso que le costó la presidencia a Nixon.

Este orgullo del periodista que se sabe capaz de modificar el rumbo de la Historia no es distinto del que desde la Revolución Francesa ha exhibido cualquier clase ascendente al hablar de sí misma. “Soy un plebeyo”¹³, dice el protagonista de *El Siglo de las Luces*, novela ambientada en esa época. Su autor, Alejo Carpentier, añade una descripción completamente esclarecedora para lo que tratamos de ilustrar: el personaje proclama su clase “como quien exhibe un blasón”, dice Carpentier. El acierto en la metáfora radica en equiparar la plebeyez del personaje con el aristocrático blasón, es decir, en equiparar conceptos en principio completamente antagónicos.

El orgullo es el mismo en una clase que en otra. Tan orgulloso estaba el señor de su blasón en la época anterior a la Revolución Francesa, como el burgués de su clase emergente en *El Siglo de las Luces*. Del mismo modo, un siglo después, el orgullo se asentó en la conciencia proletaria. La plebeyización, por tanto, no estaría tanto en el triunfo de una clase inferior sobre otra superior como en el hecho de que esa clase inferior esté orgullosa de su *status*.

13. H. VÁZQUEZ-RIAL, “La profecía de la revolución perdida”, *Abc Cultural*, 2 de septiembre 2000, p. 18.

El periodista, en este sentido, está orgulloso de ser inferior al historiador, porque, aunque parezca una contradicción, está más en consonancia que él con el curso de la Historia. Desde la época que evocaba Carpentier, es indudable que la plebeyización, entendida como ascenso y orgullo de clase, primero en la burguesía y luego en el proletariado, ha ido ganando terreno, de la misma forma que el Periodismo le ha ido ganando terreno a la Historia, en difusión y en influencia social.

Pero el proceso no ha acabado ahí. Un siglo después de la revolución industrial, podemos decir que la era de la información ha dado una vuelta de tuerca más a una plebeyización que acabará por modificar totalmente tanto al Periodismo como a la Historia. Si la conciencia de clase del proletariado ya no tiene la acogida social, ni el reflejo en las innovaciones ideológicas que tuvo en sus principios, una nueva clase ha venido sigilosa a ocupar su lugar. La era de los medios digitales supone un paso más en la democratización de los contenidos tanto periodísticos como históricos. Esta nueva clase ha adquirido una cuota importante de protagonismo en lo que habitualmente consideramos “actualidad”. Es una nueva clase emergente; inferior, desde un punto de vista histórico; pero orgullosa de su status, como las anteriores.

Nos referimos a una clase que está por debajo del proletariado en lo que se refiere a la escala social, por cuanto no posee ninguna cualificación, motivo de orgullo para el proletariado ahora derrocado. Y, lo que es más importante, es posterior al proletariado en lo que se refiere al tiempo, al devenir de la Historia. Una clase, por lo tanto, más nueva, con más futuro.

Puede que la proliferación relativamente reciente de publicaciones marginales gratuitas sea sólo una anécdota. Pero la posibilidad de acceso prácticamente universal en los países avanzados a los medios digitales ha traído ya consigo consecuencias que, si se nos permite el termino, podríamos considerar plebeyizantes.

El gran cambio en los medios digitales no está en su inmediatez, ni en su hipervinculación, ni en su continua actualización. El gran cambio está en la posibilidad de que la información –que hoy utiliza el periodista, como mañana utilizará el historiador– esté al alcance de usuarios sin cualificar, que además, como ocurre en cualquier proceso de plebeyización, están orgullosos de esa falta de cualificación. El cambio está en que esa nueva clase no accede al mundo de los nuevos medios

sólo como usuarios, sino que acceden como agentes, redactores, informadores, que, en gran medida, configuran los contenidos de esos nuevos medios.

Constantemente se repite que la revolución digital va a traer cada vez más diferencias entre el mundo desarrollado y el tercer mundo. Pero hay otra consecuencia que se va a dar, que se está dando ya, en el seno del mundo desarrollado. En él, la cualificación del historiador o la del periodista ya no serán un valor. Cualquiera, según el credo de la nueva clase emergente, podrá hacer su trabajo. Y lo hará con el orgullo del que se sabe triunfador, del que no tiene necesidad de acceder a una preparación, del que no tiene necesidad de respetar una propiedad intelectual, con la seguridad de quien tiene, al menos, todo un siglo por delante.